

JARDÍN DE NOSTALGIAS

Por V. Navarro

Quiero añadirme al emotivo recuerdo que, entre otras personas, hicieron los amigos Juan José Pérez, Adolfo Bernalte y Marc Gener, fervorosos los tres del estudio de las armas blancas antiguas, al conocido anticuario Manuel Turrero Lucía cuya tienda del Rastro madrileño fue un polo de atracción para todos los interesados en estos estudios. Desearía, aún de forma muy tardía pero sentida, rememorar unos momentos de añoranza en memoria de uno de los mejores vendedores que hubo en el Rastro hace más de... de muchos años.

El personaje, “prendero de fierros”, que todos conocíamos familiarmente por “Turrero”, cuya tienda, “bajando a mano derecha de Ribera de Curtidores”, fue el epicentro de tantos sublimes encuentros que, por persistentes, permitieron a historiadores y coleccionistas ilustrarse con la adquisición de antiguas espadas que, en su día, estuvieron en manos de soldados protagonizando la sufrida historia de nuestro país.

Amable con todos, habituales u ocasionales, no perdía ocasión de mostrarte, si eras conocido, la última de sus adquisiciones en forma de arma blanca reglamentaria de, por lo menos, un siglo de vida, que ponía a disposición del interesado mediando, lógicamente, el regateo oportuno también reglamentario. Su tienda, un mundo, sus objetos una maravilla, su trastienda un universo rebozado de misterios. A su establecimiento, incluidas las sabias explicaciones que Turrero daba a los que sabía interesados en las blancas antiguas, alguien le llamó “Facultad de Espadología” porque en nuestra etapa de neófitos salías de su tienda distinguiendo perfectamente entre una espada del modelo 1815 y un sable del modelo 1825. En ocasiones, podía dar la impresión de que había más cola que en una farmacia. Sólo le faltaba repartir números de tanda.

Entrando en el habitáculo, a mano izquierda, te sorprendía una impresionante montaña de viejas planchas de carbón, amontonadas en el suelo, dando gigantesco espectáculo. Luego, las pupilas se ponían a rodar hasta sentir vértigo si intentabas recorrer todo el santuario en pocos segundos para pillar, si lo había, algo que pudiera interesarte. Lo bueno es

que Manolo Turrero se las sabía todas y dado que “los de las espadas”, como otros muchos, lo visitábamos metódica y periódicamente, solía ocultar algunas buenas piezas al otro lado de una impenetrable cortina dispuesta detrás del mostrador. ¡Menudos secretos guardaba el cortinaje! Si algún cliente intuía a “Turrero” algo distraído hablando con algún parroquiano, intentaba colarse de matute tras el tablero y, apartando con discreción la cortina, ver de otear en la penumbra algo sustancioso. No había forma, porque Turrero te pillaba al segundo interponiéndose entre el figón y el tesoro oculto. Y el estorbo de cortina enredando en medio de los dos.

En lo más alto de las paredes, pendientes de vacilantes clavos, algún sable isabelino o alguna espada fernandina, ambos en buen estado, que te ponían a cien. Claro que los habituales también nos las sabíamos todas y conocedores que lo mejor estaba tras el cortinaje de marras, íbamos directos al grano. Las anécdotas saltaban al instante como las chispas en una soldadura autógena. Una de las mejores que puedo recordar fue la siguiente:

Tras la obstinada cortina de tela pude medio ver un día (oscuridad total) un sable para oficial de caballería, del llamado modelo 1840, muy majo y muy apetecible apoyado en la pared del fondo. No obstante, aquel no era mi momento y, lamentando mi escasa fortuna, tuve de abandonar la compra. Llegué a saber, por amigos, que el arma estuvo allí guardada un tiempo, sin venderse, a la espera de un buen cliente, porque el dueño de la tienda no tenía prisa alguna. A los tres meses volví a Madrid por razones de trabajo y la visita, obligada, fue acercarme al lugar “bajando a mano derecha” por ver si aún estaba allí lo que hacía noventa días me quitaba el sueño.

- “¿Aún tiene Vd. ahí detrás -le dije- un sable guardado del modelo 1840 con cazoleta calada que tenía su vaina con anchas abrazaderas de latón?”

- “¡Vaya! -respondió- qué casualidad, hoy es la segunda vez que me preguntan por este sable”

- “¿La segunda vez? ¿Cómo es posible?”

- “Pues sí, esta mañana ha venido otra persona preguntando por lo mismo que usted. Se la veía muy dispuesta y muy entendida. Y sabía lo que había tras el cortinaje...”

Entonces, un servidor, con la mosca tras la oreja, pregunté:

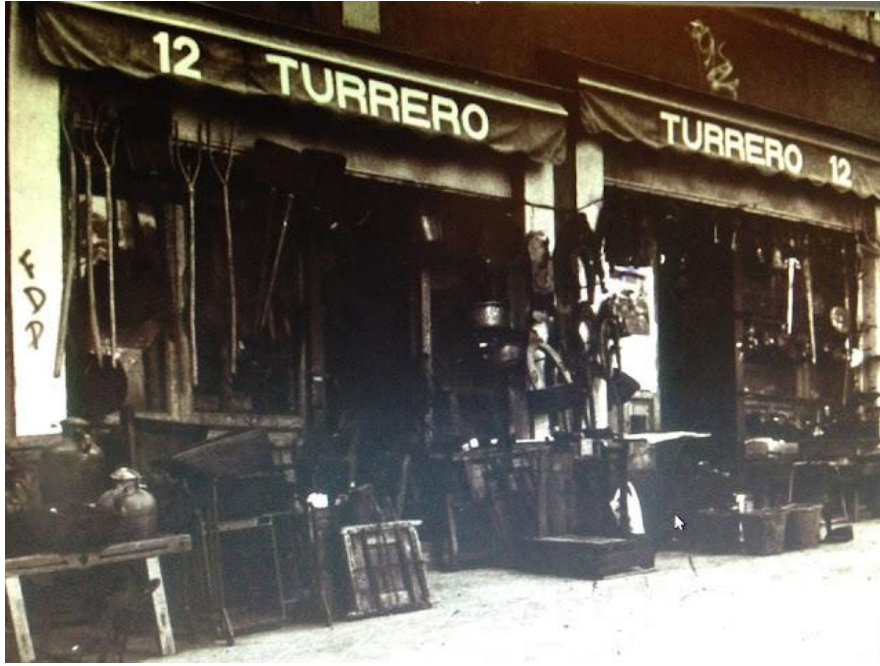
- “Oiga, señor Turrero, ¿esta persona era bajita, pelo espeso y con fuerte acento andaluz?”

- “Sí, justamente, ¿lo conoce usted?”

¿Que si lo conocía? ¡Ya lo creo que lo conocía! ¡Era Manolo Patiño el *espadólogo* amigo e hiperactivo competidor de “toda la vida”, duro y eficaz, conocido en todos los ambientes de “espadería” desde Girona hasta Cádiz! ¡Vaya casualidad! Los dos en la capital preguntando por lo mismo, el mismo día y en la misma tienda del Rastro. Uno por la mañana y el otro por la tarde. Ambos habíamos venido de Barcelona, en impecable disimulo y secreto sumarísimo, al encuentro del “sable perdido” tras la movediza tela guardapuerta. Cuando se lo dije, el señor Turrero puso tal cara de sorpresa que, ni repasada con una de sus viejas planchas de la entrada, hubiera quedado mejor.

Lo malo es que el sable hacía dos meses que se había vendido. Y lo peor de todo es que, hoy, en el momento de recordar y escribir estas líneas, cuando los ordenadores e internet han trastocado un estilo de compra-venta de antiquísimas raíces fenicias y griegas, hace largos años que ambos personajes ya no están entre nosotros; se ausentaron de este planeta dejándonos el amable recuerdo de sus vidas y la profunda nostalgia que embarga a quien, habiéndolos conocido, no puede dejar de evocar instantes “de gloria”, vital y juvenil, que marcaron nuestros tiempos de apasionada búsqueda y estudio de objetos del pasado.

Hasta siempre caballeros. Descansad en paz.



Vista de la tienda, en Ribera de Curtidores nº 12, en sus épocas de auge y total esplendor.



Tras el árbol central, imagen del mismo lugar años más tarde. Todo es mutable en esta vida.